

FILMS
DE AMOR

ELLA ES ASI



NÚM.
150

25
CTS.

MYNNA LOY GLADIS BROCKWELL

1930

FILMS DE AMOR

APARECE TODOS LOS JUEVES

Redacción, Administración y Talleres:

Calle de Valencia, 234 - Apartado núm. 707

B A R C E L O N A

AÑO V

NÚM. 150

(Hardboiled Rose) ELLA ES ASI

Prod. Warner Brothers 1925 - 1929

Adaptación en forma de novela de la película del mismo título interpretada magistralmente por los simpáticos y conocidos artistas cinematográficos

Myrna Loy y William Collier

por MANUEL NIETO GALAN

Exclusivas "D I A N A"

Rosellón, 210

Barcelona

REPARTO

Rosa Dunhamel MYRNA LOY
Daniel Maloney WILLIAM COLLIER Jr.

Director F. Harmon Wright

ARGUMENTO DE DICHA PELICULA

Palacio de la Prensa 1-5-30

PRIMERA PARTE

En Nueva Orleans, la orgullosa ciudad de las viejas y nobles tradiciones, era famosa cierta casa de aspecto señorial, situada al otro lado de la ancha bahía, que divide a la población, como queriendo separar los antiguos palacios de rancio abolengo.

Entre la gente elegante era conocida esta casa como el centro de reunión de mujeres hermosas, entre las que sobresalía, desde luego, Julia Maloney, la dueña, y que había sabido conservar el esplendor de su belleza juvenil.

El principal motivo de las reuniones que se daban en casa de Julia Maloney era el juego, donde muchas fortunas habían quedado deshechas, pasando a poder de Julia y de su socio Steve Bure, un hombre poseído por la fiebre del oro, pero que sabía anteponer a este deseo el amor que sentía por Julia.

Unos antiguos amores, casi de niña, hicieron de Julia la madre de un muchacho simpático y atractivo, pero que, apoderado por el ambiente de indolencia en que vi-

vía, no sabía hacer otra cosa que malgastar ociosamente el tiempo y el dinero que su madre le daba, o que él mismo le quitaba, para satisfacer sus vicios.

Una de sus últimas acciones había sido el falsificar la firma de Steve para cobrar en el Banco cierta cantidad de dinero, se descubrió la falsificación y Daniel fué detenido y encarcelado.

La desesperación de Julia fué inmensa al ver a su hijo en la cárcel, y Steve, ante el sincero dolor de ella, desistió de castigar al muchacho, recogió los cheques y se los devolvió a su madre, diciéndole:

—Aquí tienes a tu niño, Julia.

El muchacho, al verse al frente de su madre, se acercó a ella y le preguntó cariñosamente:

—¿Me perdonas, mamá?

—¿Pues no he de perdonarte, hijo mío?

—exclamó la madre, abrazándole tiernamente—. ¡Soy tan feliz con tenerte a mi lado otra vez!

—¿Por qué no le das una medallita encima?—exclamó Steve de malhumor, al ver la debilidad materna.

Daniel no quiso escuchar por más tiempo los reproches de Steve y salió de la sala, mientras que su madre le decía a su socio:

—Has estado muy duro con el muchacho, Steve.

—Sí, durísimo—respondió éste—. Si todo

lo que ha hecho ese angelito debemos de alabárselo... ¡Pobrecito!

—Yo estoy segura de que no volverá a hacerlo más—exclamó su madre.

—Ojalá sea verdad—exclamó Steve—, porque sólo está en libertad condicional. La próxima vez no le salva de la cárcel ni el presidente de la República; conquese dile que ande con ojo.

Llamaron en la puerta y en la seguridad de que sería algún antiguo cliente de la casa, que subía de la sala de juego, Steve se ocultó en una habitación inmediata para no ser visto.

En efecto, era el visitante Jefferson Dunhamel, un banquero, cuyas operaciones no eran siempre todo lo conservadoras que hubieran deseado sus clientes, ya que en la casa de Julia solía dejarse sobre el tapete verde sumas bastantes considerables. Se llegó hasta donde estaba la dueña de la casa y, después de acariciarla, le dijo:

—Lo siento, Julia, pero no tendré más remedio que darte otro pagaré.

—¡Bah!...—exclamó sonriendo Julia—. No te preocupes... Ya sabes que tienes crédito de sobra en la casa para pedir lo que quieras.

—Pues ahora me contentaré con pedirte 15.000 dólares—volvió a decirle Jefferson.

Sin poner el menor reparo, Julia fué a su "secretair", sacó pluma y papel para que el

banquero extendiese el pagaré y, una vez que aquél se lo hubo entregado, le dijo:

—Pide este dinero en Caja, que yo daré la orden de que se te entregue.

—Eres encantadora, Julia—respondió el banquero besándola—. Así da gusto perder.

—Que tengas más suerte la próxima vez, Jeff—terminó diciendo la dueña de la casa, a la vez que los despedía con una sonrisa cariñosa.

Apenas había salido el banquero, cuando volvió a entrar Steve, diciendo:

—Eres maravillosa, Julia... Al paso que vamos, pronto tendremos lo bastante para retirarnos a vivir de nuestras rentas... Solamente falta que, entonces, accedas a casarte conmigo...

—Ya te he dicho que eso no puede ser, Steve.

—Pero, ¿por qué?—preguntó él.

—Antes que en nada, tengo que pensar en mi hijo—suspiró Julia.

—¡Dichoso hijo!—exclamó malhumorado Steve—. ¡Estas malgastando tu vida en él!

—¿Acaso sabes de algo mejor en que pueda malgastar su vida una madre?—preguntó irónicamente Julia.

—Sí... en mí—respondió convencido Steve.

—Déjate de tonterías, Steve—volvió a de-

cirle Julia—. Yo estoy segura de que no he nacido para casada.

Steve no quiso insistir más; sabía de sobra la tenacidad de Julia sobre aquel aspecto y, como tantas otras veces, esperó a que llegase el momento oportuno en que ella comprendiese el amor que sentía por ella.

SEGUNDA PARTE

Más de doce generaciones de Dunhamel habían mantenido el orgullo del apellido en la vieja casa solariega de sus antepasados y Jeff Dunhamel, que sabía hasta qué punto se respetaba el apellido que llevaba, procuraba cuidadosamente que nadie supiese la afición al juego que lo dominaba. El apellido Dunhamel era en Nueva Orleans algo así como una tradición, que todos alababan como espejo de caballeridad, nobleza e hidalguía. Pero entre todos, la que sentía mayor orgullo en poseerlo era la señora Dunhamel, madre de Jefferson y pobre vieja impedida, para quien la existencia sólo tenía dos razones: la admiración de sus antepasados y el cariño de sus descendientes.

Siempre que su hijo volvía a casa traía pa-

ra ella un pequeño obsequio y, por lo mismo, al verlo entrar un día con dos paquetes, le preguntó la anciana, sonriendo:

—¿Y para quién es el otro?

—Para Rosa—respondió su hijo—. Viene a pasar las vacaciones de Carnavel con nosotros. Ya le he mandado el coche a la estación.

—¿Y cómo no has ido tú mismo a recibirla?—preguntó extrañada la anciana.

—Porque espero la visita de mi socio Hale, que viene también a pasar varios días entre nosotros.

—¿Vendrá acompañado de Juan Trask?—interrogó otra vez la señora Dunhamel.

—Ya sabes que Hale no se separa nunca de su secretario, además esta vez le he rogado yo que lo trajera.

Un criado se presentó en aquel momento anunciando que el señor Hale esperaba en el despacho y Jefferson salió inmediatamente a donde estaba su socio, que le dijo, apenas le vió entrar.

—He venido principalmente para dejar aclarada la operación de Wilson.

—¿Nada más que a eso?—respondió sonriendo Jefferson—. Pues verás qué pronto lo soluciono—y dirigiéndose al secretario que tomaba notas, le dijo—: Escríbale al señor Wilson diciéndole que dejamos depositadas en nuestra Caja las acciones que nos confió para cuando las quiera retirar.

El muchacho empezó a tomar nota de la orden de Jefferson, pero éste le interrumpió preguntándole burlonamente:

—Y dime, Juan... ¿Sabías que Rosa venía hoy?

—Sí... señor — respondió avergonzado el muchacho—. Rosa me telegrafió diciéndome.

—¿De modo que por eso estabas tan nervioso?—preguntó Hale—. Pues mira: lo mejor es que dejes el trabajo para mañana y vayas a hacerle un poco de compañía a la señora Dunhamel.

El muchacho vió el cielo abierto con aquella orden, puesto que, gracias a ella, podría ver, en cuanto llegase, a su amada Rosa.

Hale lo vió salir y, volviéndose a su socio, le dijo:

—¿Pero será posible que tú permitas que ese pelagatos se llegue a casar con tu hija?

—¿Qué motivos hay que lo impidan?... ¿Sabes tú de algo reprochable en la conducta de Juan?—le preguntó a su vez Jefferson.

—Nada... Pero piensa que no tiene un céntimo ese muchacho.

—Sin embargo, su apellido es ilustre. Pertenece a los Traks, de Virginia, una familia de lo más honorable y noble!...

—¡Bah, bah!—exclamó Hale—. ¡Eso es lo único de que habláis en esta casa! En fin, te dejo por unos momentos para que recibas a tu hija y luego volveré.

—¡Adiós, cascarrabias!—lo despidió su socio, riéndose del genio de Hale y entrando donde estaba su madre, acompañada de Juan.

Segundos después, apareció Rosa, la hija de Jefferson, que a falta del cariño de una madre, que no llegó a conocer, tenía el ciego amor de su abuelita. Corrió a sus brazos y luego a los de su padre, que le dijo, señalándole a Juan.

—¿No dirás que no te recibimos "toda" la familia en pleno?

Un delicioso rubor tiñó las mejillas de la joven, que se acercó al secretario ofreciéndole la mano. Por un momento ambos sintieron el impulso de abrazarse y Jefferson, que advirtió la acción, exclamó sonriendo:

—¡Por mí ya podéis besaros! ¡No creo que haya todavía ninguna ley que lo impida!

—Lo impido yo—replicó la abuela—. ¿No os habéis fijado que todavía estoy despierta?

De pronto, el timbre del teléfono sonó con insistencia y Jefferson acudió para saber quién era el que llamaba de aquella manera tan impertinente.

—Soy Julia—respondió una voz a su interrogación—. ¡Necesito verte inmediatamente!

—Es imposible... Acaba de llegar mi hija del colegio y quiero cenar en familia.

—¡Pues es imprescindible! ¡Ven en seguida!

—Espérame — terminó diciendo Jefferson, al ver que su hija se acercaba a él para de-

cirle, mostrándole el regalo que le había hecho:

—Es precioso, papaíto, y en prueba de agradecimiento te dedicaré todo el tiempo hasta la hora de cenar.

—Te lo agradezco, Rosa—repuso su padre—. Pero tengo que salir para un asunto importante... Sólo estaré unos minutos y volveré para acompañaros.

Entre tanto, en la casa de Julia sucedía algo extraordinario. Uno de los jugadores se veía favorecido por la suerte, hasta el extremo de que Steve entró a decirle:

—¡Vaya nohecita! Ese Jerry, el griego, ha ganado cincuenta mil dólares a la ruleta... Como no podamos cubrirle hasta el límite hará saltar la banca. Lo mejor es que llamen a Dunhamel para que haga efectivos sus pagarés.

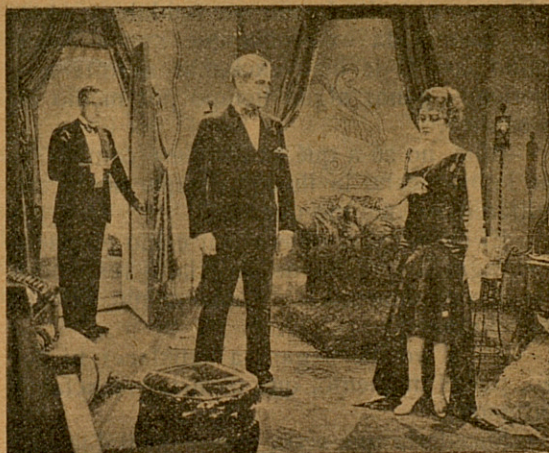
Así lo hizo Julia y cuando dejó el teléfono

—No te olvides de hablarle del honor de su socio volvió a decirle: la familia y de todas esas majaderías que son su debilidad.

—Descuida, que sabré tocarle la cuerda sensible—respondió sonriendo Julia—. Vete a la sala de juego, que no tardará en llegar.

Media hora después, Jefferson entraba en las habitaciones particulares de Julia Maloney y le decía, enfadado:

—Julia, no deberías llamar nunca a mi casa, a no ser por un asunto muy importante.



Ya sabes que no dispongo de 200,000 dólares.

—Pues por eso he llamado hoy—respondió ella.

—¿De qué se trata? — preguntó el banquero.

—De que me saldes todos tus pagarés en el acto.

Lo que menos se podía pensar Jefferson era aquello. Quedó parado ante la petición de Julia, hasta que, al fin, repuesto de su sorpresa, le contestó:

—¡Eso es imposible! Ya sabes que no dispongo de doscientos mil dólares en efectivo.

—Pues procura conseguirlos... y pronto.

El tono autoritario con que hablaba y aquella desconocida exigencia que nunca había tenido con él le hizo exclamar a Jefferson, queriendo ganar algún tiempo por medio de la súplica.

—Julia, no sé a qué se debe ese cambio?... Me había hecho la ilusión de que no te era indiferente... que me querías.

—El cariño y el dinero son como el aceite y el agua... que no se mezclan—respondió ella descaradamente—. Y menos aún en este negocio mío.

—¿Y si yo me negara a satisfacer tu deseo, por el momento, qué pasaría?—exclamó Jefferson.

—Sucedería que sería muy lamentable que ese socio tuyo, tan puritano, llegara a enterarse, y todavía más que trascendiera al público. Y peor todavía que lo supieran tu madre y tu hija...

—¡Eres una perdida!—exclamó despectivo Jefferson, al verse en poder de aquella mujer—. ¡Te creí otra cosa diferente de lo que eres!

—No se trata aquí del concepto que hayas podido formar de mí—siguió diciendo Julia. Lo interesante es el dinero... ¡Tenlo bien presente! ¡No esperaré más que hasta mañana la noche!

—Descuida—exclamó Jefferson, recogiendo su sombrero, y ya en la puerta para salir—. Mañana tendrás aquí el dinero, sin ne-

cesidad de que tengas que cumplir tus amenazas, que por ser tuyas más me ofenden.

Julia se encogió de hombros, viéndolo salir, a la vez que se decía interiormente:

—Cumplirá lo que ha dicho y mañana tendré el dinero que nos hace falta.

Se arregló un poco en el espejo y, echándose sobre los hombros un rico chal, bajó a la sala de juego, donde los concurrentes al Club Maloney seguían dejándose estafar ignominiosamente.

TERCERA PARTE

A la noche siguiente, poco antes de que la tradicional fiesta carnavalesca culminara con el aristocrático baile de máscaras, Juan estaba disfrazándose, cuando entró de pronto el criado de Jefferson, llorando y diciéndole:

—Señorito Juan. Ha ocurrido una terrible desgracia. El señor Jefferson se ha suicidado. Venga conmigo a su cuarto.

No se hizo repetir el muchacho la petición y cuando llegó al cuarto de Jefferson se encontró a éste tendido en el suelo. Recogió la pistola que había cerca de él y entonces su vista tropezó con unos trozos de papel me-

dio quemados. En ellos pudo leer todavía el nombre del Club Maloney y al darse cuenta de que se trataba de unos pagarés los volvió a arrojar inmediatamente al fuego, comprendiendo que algo anormal debía haber ocurrido.

El criado miraba maniobrar a Juan, sin que pudiese comprender nada de lo que hacía, hasta que éste le dijo:

—Jorge, que la señora no conozca nunca que él se mató. Se moriría de dolor.

—Descuide, señorito Juan—respondió sollozando el criado—. Jamás diré una palabra.

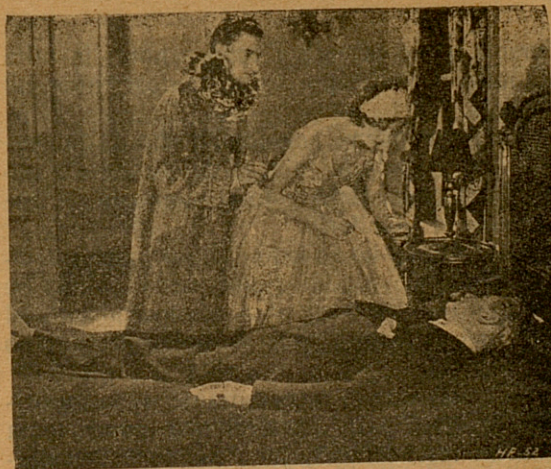
Entre los dos colocaron el cuerpo de Jefferson en la cama y cuando, poco después, entró Rosa, para llamar a su novio, con el fin de ir al baile, se encontró con la eremenda desgracia que acabamos de relatar. Juan, sin dejarla acercarse del todo al muerto, le dijo:

—Ha debido sufrir un ataque cardíaco. Lo mejor es que avises a la abuelita.

En un momento la casa adquirió un movimiento inusitado. Los criados iban de un lado a otro, cumpliendo órdenes, sin saber otra cosa que el señor Dunhamel había muerto repentinamente, víctima de un ataque al corazón.

No tardó tampoco en llegar Hale, quien, extrañado de no ver allí a su secretario, preguntó por él a Rosa.

—Debe haber ido en busca de un médico



—Lo mejor es que avises a la abuelita.

—le contestó la muchacha—. Apenas entró la abuelita salió de la habitación.

Pero no era lo que había pensado Rosa el motivo de la ausencia de Juan. Este le bastó lo que había visto para adquirir una duda. Casi estaba seguro de que Jefferson había hecho mal uso de los valores que se le tenían confiados y para evitar la vergüenza y la deshonra de la familia se había suicidado. Si ello era tal como lo imaginaba, pensó Juan, hora era también de que él se sacrificase por salvar el honor del apellido de la que tanto amaba, y con esta idea corrió al despacho de Jef-

ferson, abrió la caja y echó a notar la falta de unas acciones por valor de doscientos mil dólares.

Para dar más veracidad al hecho de que había sido robada la caja, la dejó abierta y huyó de la casa, esperando el momento de que vinieran a prenderlo.

Esto último no se hizo esperar mucho tiempo, sino que al día siguiente la policía se presentó en su casa para conducirlo ante el juez del distrito, a quien se había presentado la denuncia.

Por más que el representante de la autoridad le instó para que declarase dónde tenía ocultas las acciones, Juan permaneció callado, sin negar tampoco la acusación que sobre él recaía, y aquella misma tarde los periódicos de la localidad daban cuenta de la muerte de Jefferson y del robo de la siguiente manera:

"Traks se niega a hacer manifestación alguna al ser interrogado por el juez. — Veinticuatro horas después del fallecimiento de Jefferson Dunhamel, víctima de un ataque cardíaco, fué detenido su secretario, Juan Traks, al que se acusa de haberse apoderado de unas acciones por valor de 200.000 dólares. El joven secretario ha permanecido mudo al interrogatorio a que ha sido sometido respecto a ciertas operaciones con las que sólo él y Dunhamel estaban familiarizados."

—Yo no creo que Juan sea el ladrón—exclamó Rosa, cuando terminó de leer la noticia a su abuela—. Nunca lo creeré!

—También yo tenía confianza en él, pero su silencio es de malísimo agüero—respondió la anciana, que sentía por el joven un profundo cariño.

—Los días que se sucedieron fueron para la pobre Rosa de inmensa amargura. Todas sus ilusiones, tantas veces acariciadas, se desvanecían. Sus sueños dorados de enamorada, al llegar a la realidad, se le presentaban con toda la dureza de la vida y su inocente corazón lloraba amargamente las dos desgracias que tan imprevistamente la habían sorprendido. Por un lado, el recuerdo del padre adorado, cuya memoria no cesaba de elogiar la abuelita, como modelo de caballeridad y honradez, y por otra, el ver convertido al hombre a quien había entregado todo su amor en un vulgar ladrón, aun cuando esta idea la rechazase enérgicamente. Los momentos que quedaba a solas lloraba amargamente y varias veces fué sorprendida por el viejo criado, que ante aquel dolor sentía deseos de declararle toda la vida. Una tarde no pudo resistir por más tiempo y llamó quedamente al cuarto de Rosa.

—Adelante—gritó desde la cama donde se había echado para llorar.

Cuando vió que era Jorge le preguntó, extrañada de su presencia:

—¿Qué ocurre, Jorge?... ¿Ha sucedido alguna nueva desgracia?

—Nada de eso, señorita—respondió el criado—. Pero no puedo consentir que llore usted tantó por el señorito Juan y he venido a decirle que él no robó nada.

—¿Cómo lo sabe usted?—preguntó ella, corriendo adonde estaba el criado.

—Eso es lo único que no le puedo decir... pero yo lo sé de verdad.

—Pues tienes el deber de decírmelo, Jorge—le instó ella—. Si no es que no me quieres, como dices.

—Sí, señorita—exclamó el criado, que no podía sufrir que dudase de su cariño—. Todo se lo diré. El señorito Juan cargó con las culpas para salvar el buen nombre de su padre.

En medio de su desgracia, fué aquello un rayo de luz que vino a alumbrar su existencia. Su corazón no la había engañado al creer inocente a Juan y ahora podría ella proclamarlo por todas partes. Juan quedaría libre, sin mancha alguna de su apellido, y ella podría ser su esposa. Pero de súbito, un pensamiento cruzó por su imaginación y pensó que para salvar a Juan tendría que deshonorar la memoria de su padre.

Por muy grande que fuera el amor que ella sentía, ¿tenía derecho a difamar el nombre del que la dió el ser, de aquel hombre que tan cariñosamente había sabido portarse con ella? Por otra parte, ¿no sería aquello una

muerte segura para la abuelita cuando supiese que su hijo se había deshonrado? No, ella no podía hacer aquello; pero, sin embargo, podría hacer algo para encontrar aquellos valores y devolverlos. Juan le diría dónde se hallaban y ella emplearía toda su astucia de mujer para apoderarse de aquellos valores que representaban la libertad del ser amado y libraban a su padre de la vergüenza y de la deshonra. Y, fija en esta idea, se apresuró a vestirse para llevar a cabo su pensamiento.

CUARTA PARTE

Minutos después había obtenido la autorización para hablar con Juan en la cárcel y el muchacho, al verla en su celda, no pudo reprimir un grito de su amor y le tendió los brazos, diciendo:

—¡Rosa!... ¿Tú aquí?... ¿A verme a mí?

—Sí, Juan—respondió ella, cobijándose en los brazos de él—. Contigo siempre. El bueno de Jorge me contó algo... y yo he adivinado el resto.

—Pero tú no debes dejar que tu abuelita sepa nada. Prohíbeselo a Jorge. Ella debe ignorar lo sucedido, si no le costaría la vida.

—Ella no sabrá nada, pero yo sí puedo ha-

cer algo para recompensar tu rasgo de nobleza—respondió Rosa—. ¿En dónde perdió papá ese dinero?

—En el Maloney Club... Una famosa casa de juego del otro lado de la bahía—le contestó Juan.

—Pues yo te aseguro que pronto tendré en mi poder esas acciones—exclamó Rosa.

Antes que pudiera él preguntarle cuál eran pensamientos entró el guardia de la cárcel para avisarla que ya había transcurrido el tiempo reglamentario. Se despidieron los dos jóvenes y Rosa salió decidida de la cárcel, para empezar aquella misma noche a poner en práctica el plan que había ideado.

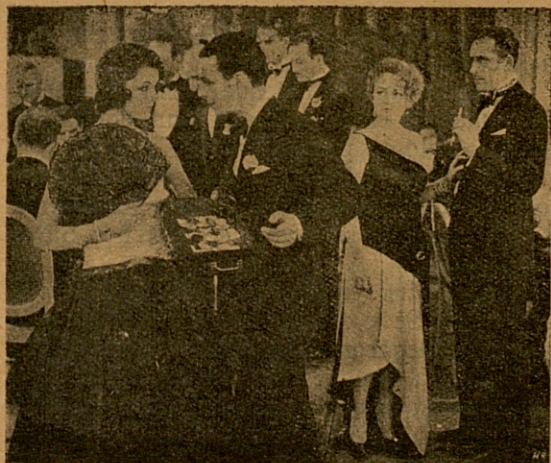
Aquella noche el Club Maloney tuvo una nueva cliente. Rosa Dunhamel, a quien nadie habría conocido entre las galas con que se vestía. Su belleza resaltaba mucho más aún con la fastuosidad de su vestir y desde su llegada todos los presentes no apartaban los ojos de ella.

Rosa, sin embargo, aparentaba una gran indiferencia y seguía jugando, sin inmutarse por la suerte, que la favorecía en gran manera.

—¿Quién es esa desconocida?—preguntó Steve a Julia.

—Ha venido por primera vez esta noche y ya ves la suerte que tiene. Lo que más me molesta es que no deja de mirar a mi hijo.

Así era, en efecto. Rosa procuraba agudi-



—¿Me permite que la invite?

zar todas las artes femeninas para atraerse a Daniel, a quien quería emplear como instrumento de su venganza. El muchacho no tardó en darse cuenta de la impresión que había causado en la bella desconocida y cuando ésta fué a marcharse recogió él mismo las fichas que había sobre la mesa y fué a cambiárselas a la Caja.

—Hay que felicitar a la señora Maloney, por tener un hijo tan galante—exclamó Rosa, poniéndose el abrigo, ayudada por Daniel.

El muchacho, fascinado por completo y an-

te las palabras de ella, se sintió con valor para decirle:

—¿Me permite usted que la invite a celebrar nuestro encuentro con una copita en nuestros salones particulares?

Rosa sonrió deliciosamente, como indicando que aceptaba el ofrecimiento, y mientras seguía al joven, su madre se acercó a Steve y le dijo:

—Esa no ha venido aquí más que a pescar a mi hijo... Se le está viendo a la legua.

Cuando llegaron a los salones particulares de la señora Maloney, fué en busca del licor que le había ofrecido a su bella conocida de aquella noche y ésta, mientras tanto, oyó hablar en la habitación contigua y prestó atención a la conversación.

Julia le decía en aquel momento a su socio:

—Esa muchacha que está con mi hijo no me inspira ninguna confianza. Deberíamos deshacernos de los valores de Dunhamel y salir pitando de este pueblo para siempre.

—¡No digas tonterías, Julia! — exclamó Steve—. Si nos marchamos ahora de repente no haríamos más que despertar sospechas. Deja esos valores en la Caja hasta que no se oiga hablar más de Dunhamel y la gente haya olvidado el asunto.

Rosa oyó que se acercaba Daniel y abandonó su puesto de observación para adoptar un aire indolente sobre el sofá.

Volvió el muchacho y a la vez que le ofrecía una copa de licor le preguntó:

—¿Es ésta su primera visita a esta casa?

—Sí, soy forastera—respondió Rosa, sin apartar de él su fascinadora mirada—. Acabo de llegar a la ciudad.

—Ojalá le guste y se quede en ella—exclamó el muchacho, cada vez más poseído por la mirada de la joven, que desplegaba toda su coquetería para ganarse la voluntad del hijo de la dueña de la casa.

—¿Si me gusta quién?—preguntó ella, insinuante.

—Digo... la ciudad.

—Apenas si la conozco—volvió a decir Rosa—. No tengo quien me acompañe y me aburre el pasear sola.

Aquella franqueza dió nuevos ánimos a Daniel para decirle:

—¿Qué hace usted mañana por la mañana?

—¿Qué propondría usted?

—Pues... propondría acompañarla a ver la ciudad.

—Y yo lo aceptaría—terminó diciendo Rosa, a la vez que se levantaba para marcharse.

—A las once en punto le espero en la plaza de Jackson.

Le ofreció su manita, donde Daniel depositó un apasionado beso, y acompañada por él hasta la puerta, salió de aquella casa, segura de que había adelantado mucho en sus propósitos.

QUINTA PARTE

Pasaron los días, en los cuales Rosa supo valerse de sus encantos femeninos y de su astucia de mujer para llegar a enamorar perdidamente al hijo de Julia Malorey.

Una noche, después de jugar un rato, como casi todas las anteriores, Rosa subió a las habitaciones particulares de la dueña de la casa, invitada por Daniel, que le dijo apenas quedaron solos:

—¡Rosa, te amo... te amo con locura!... ¿Quieres ser mi esposa?

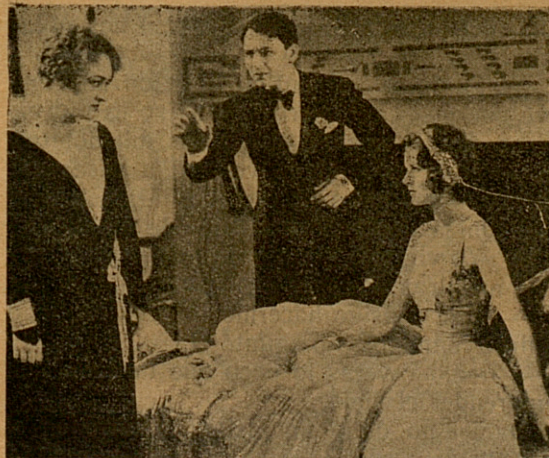
Antes de que ella pudiera contestarle se presentó Julia y se encaró con la joven, diciéndole:

—¡Ya le dije que dejara en paz a mi hijo! ¡Ahora le digo que salga de aquí y no vuelva más! ¡No es usted más que una vulgar aventurera que ha tomado esta casa como campo de operaciones!

Daniel se acercó a su madre y la atajó, diciéndole:

—¡Mamá, no te permito que hables así a Rosa! ¡Voy a casarme con ella!

—¡Eso no lo harás nunca!—exclamó la madre.



—¡No te permito que hables así a Rosa!

—¡Pues yo te digo que sí y que no habrá quien lo impida!—respondió Daniel.

—Yo sabré impedirlo — contestó la madre—. Ahora mismo voy a buscar a Steve.

Salió para hacer lo que decía y entre tanto, Rosa, sin inmutarse por las palabras de Julia, miró burlonamente a Daniel, al mismo que le decía:

—¡Vaya un hombre!... ¡Permitir que le insulten de esa forma a su futura esposa!

—Perdónome, nenita — se disculpó Daniel—. Estaba como atontado. Pero ya verá

ella quién soy yo... ¡Ahora mismo nos fugamos!

—¿Fugarme yo contigo?... ¿Con un hombre que no tiene dinero? Para eso es preciso tener, por lo menos, doscientos mil dólares.

—Pero... ¿de dónde voy yo a sacar ese dinero?—preguntó desesperado Daniel.

—Quizá de tu misma caja—le indicó Rosa—. Yo vigilaré, para impedir que entre nadie, mientras tú coges esa cantidad.

—¿Y si consigo hacerme con esa cantidad huirás conmigo?—preguntó él.

—Hazlo y verás lo poco que tardamos en emprender el viaje.

Daniel no dudó un instante. Entró en el departamento donde estaba la Caja y la abrió.

Entre tanto, había llegado Steve y al ver a la joven sola, le preguntó:

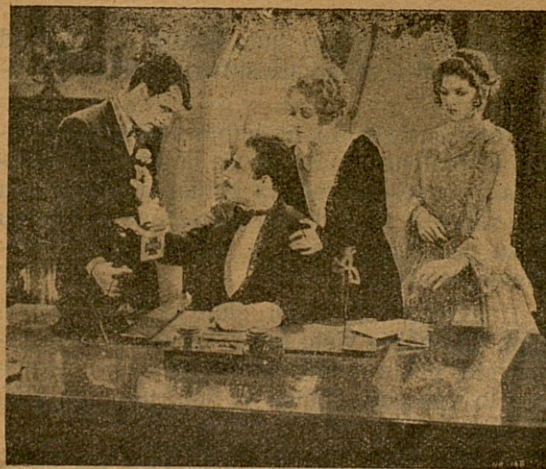
—¿Dónde está Daniel?

—Sin duda, tiene miedo de usted porque ha salido corriendo.

Mas, cuando Rosa pretendía alejar de allí a Steve, sonó un ruido en el interior de la otra habitación y el socio de Julia, sospechando que ocurriera algo anormal en el departamento de la Caja, entró rápidamente. Al ver a Daniel, lo arrojó de un puñetazo contra el suelo, diciéndole:

—¡Te dije que ni te acercaras ahí!

En su precipitación, Daniel había sacado los valores de Dunhamel y otras varias acciones y las tenía desparramadas por el sue-



— ¡Esta vez se quedará en la cárcel!

lo. Steve se apresuró a recogerlas, pero mientras ejecutaba esta operación, el muchacho se apoderó de un pesado espejo que había colgado en la pared y le dió tan tremendo porrazo a Steve en la cabeza que éste cayó sin conocimiento.

Julia, que había subido tras el muchacho, al oír el ruido se precipitó en la habitación y consiguió reanimar a Steve, que le dijo, cuando, al fin, recobró el conocimiento:

—Le pesqué roñando la Caja. Pero esto colma la medida y esta vez se quedará en la

cárcel. Ha olvidado que estaba en libertad condicional y yo le haré sufrir una buena condena.

Rosa, entre tanto, no había perdido el tiempo. Había entrado detrás de la madre y mientras ésta se dedicaba a cuidar a Steve, ella vió sobre el suelo las acciones que indujeron a su padre a matarse y se apoderó rápidamente de ellas.

Una vez en su poder, salió seguida de Daniel, que había visto la operación, y llegó corriendo, hasta donde estaba su coche. Al momento apareció Daniel y, subiendo con ella, le dijo:

—¡Qué vista tienen, Rosa! ¡En ese sobre hay precisamente doscientos mil dólares! ¡Es preciso tomar el primer tren que salga de la ciudad!

Rosa no dijo nada y dejó que el mismo Daniel diera la orden al chofer de que los condujera a la estación. Cuando llegaron a ella, la muchacha le dijo:

—No conviene que nos vean juntos. Yo esperaré en el coche, mientras tú tomas los billetes.

Pero apenas desapareció en el andén Daniel, Rosa le ordenó al chofer que la llevase a su casa. Tenía en su poder la libertad de Juan y los minutos le parecían siglos. Mas no se dió cuenta de que otro coche venía en seguimiento del suyo. Era el de Julia, que se

dió cuenta del robo, y siguió a la joven, segura de que le había robado los valores. Cuando la vió entrar en su casa, se precipitó también dentro y al verla, Rosa le dijo enérgicamente:

—¡Ahora soy yo la que mando!... ¡Salga de aquí!

—¡Qué lista es usted!—respondió burlonamente Julia.

—Lo bastante para llamar a la policía para que la detengan por meterse en una casa ajena.

—No llamará usted—respondió Julia—porque no hay duda de que esta casa es la de Jeff... y, por lo que parece, es usted su hija. Y como a usted no le gustará que yo cuente a la Prensa que esas acciones las robó su padre y que luego dió la casualidad que se “muirió” de un ataque al corazón, lo que hará será callar y entregarme esos valores; de lo contrario, empezaré por decirle toda la verdad a su abuela.

—Espere usted—exclamó Rosa, al ver que Julia hacía ademán de subir a la casa—. Yo tengo que decirle otra cosa antes. Si usted abre la boca y dice a mi abuela lo más mínimo, yo denunciaré al estúpido de su hijo como ladrón y como asesino... Ahora estamos iguales. Haga usted lo que quiera,

Julia quedó parada al oír aquellas palabras, y al comprender que estaba en poder de aquella muchacha, abandonó su aire de autoridad y exclamó:

—¡Qué le vamos a hacer!... ¡Usted ha ganado!

Y salió de la casa, dejando en poder de Rosa las acciones que demostraban la inocencia de Juan.

Al día siguiente, los periódicos traían la noticia de la libertad del antiguo secretario, diciendo:

"La detención de Traks fué debida a un error. — La sensacional causa de Juan Trask, acusado de robo, ha tomado hoy un aspecto totalmenet distinto, que ha demostrado la inocencia del acusado, al ser encontradas las acciones perdidas en la caja particular de Jefferson Dunhamel."

—Todo te lo debo a ti — exclamó Juan cuando al día siguiente, en el jardín de la casa de su amada, leía con ésta la noticia que acabamos de indicar.

—Más has hecho tú por nosotros—respondió la joven, acercándose a su novio y ofreciéndole sus labios de rojo amapola.

El indicó con la vista la presencia de la abuelita y ella lo tranquilizó, diciéndole.

—Está dormida, como un tronco.

Entonces se apoderó él de las manos de Rosa y mientras sus labios se unían en una dulce promesa de amor, la abuela exclamó, sonriendo:

—Por mí no os preocupéis, muchachos...
"¡Estoy dormida como un tronco!"

FIN

COLECCIÓN DE CUENTOS REGIONALES

Cuenticos baturros

Cuentos valencianos

Cuentos andaluces

25 céntimos el libro

— PEDIDOS A —

Biblioteca Films - Apartado 707 - Barcelona

Si no los encuentra en su localidad, pídalos hoy mismo, remitiendo su importe en sellos de correo, y cinco céntimos para el certificado.



CHEVALIER

***P**ronto vendrá personalmente a
saludar al público español*

Ya está a la venta la **tercera** edición de
EL DESFILE DEL AMOR
PRECIO: 1 PTA.

ÉXITO de mi primera producción
LA CANCIÓN DE PARÍS
25 CÉNTS.

PEDIDOS A

Biblioteca Films - Apart. 707 - Barcelona
que remitiendo el importe, más cinco céntimos en sellos
de correo, se los enviarán en seguida.

Tarjetas postales al Bromuro y Esmaltadas

CELEBRIDADES DEL CINEMA

Colección de 10 postales. DOS PTAS. colección

Serie A

Clara Bow
Sue Carol
Dolores del Río
Janet Gaynor
María Casajua
Ramón Navarro
Charles Farrell
George O'Brien
John Gilbert
Charles Morton

Serie B

Tom Mix
Tom Tyler
Charles Jones
Hoot Gibson
Fred Thomson
Rex Bell
Buffalo Bill
Fred Humes
Chiquilla
Chispita

Serie C

Greta Garbo
Gloria Swanson
Lillian Roth
Vilma Banky
Mary-Douglas
Rodolfo Valentino
Nils Asther
Adolfo Menjou
Richard Dix
Gary Cooper

Serie D

Los diez más sugestivos besos
por los artistas más simpáticos

ESCENAS PREFERENTES

Colección de 10 postales. DOS PTAS. colección

EL DESFILE DEL AMOR . M. Chevalier
EL ARCA DE NOE . . . Dolores Costello
LA MASCARA DE HIERRO . Douglas Fairbanks
BEN-HUR Ramón Navarro
LOS CUATRO DIABLOS . Janet Gaynor

NO SE VENDEN POSTALES SUELTAS

Pedidos a

Biblioteca Films-Apartado 707-Barcelona

Si no los encuentra en su localidad, pídalos hoy mismo,
remitiendo su importe en sellos de correo, y cinco céntimos
para el certificado.